

# **CUARESMA, TIEMPO DE REFLEXIÓN**

En el silencio de la noche, cuando el alma se vacía de los agobios diarios, de las preocupaciones y tensiones del día, y parece que uno se encuentra más cercano a Dios, me hago una pregunta que intento responder de mil maneras posibles. *¿Cómo vivo mi fe? ¿Es suficiente esa fe de “andar por casa” para no sentir temor de estar fallando a Cristo, a mis hermanos, y a mí mismo?*

¡Qué fácil y cómodo si pudiéramos disponer de un cargador de fe, instalado cerca de la cama, verdad hermanos!! pero... ese es un don que Dios recarga a cualquier hora del día siempre que estemos dispuestos a dejarnos servir por Él. Seguramente estaréis de acuerdo conmigo en que la respuesta, en ese silencio participado con el buen Padre Dios, podría ser como poco, inquietante.

El caso es que mi pensamiento vuela hacia ese don inmenso que es la Eucaristía, ese regalo de amor fraterno de nuestro Señor, y que el alma agradecida debería gozar siempre que pudiera.

En la mañana decido buscar algún texto que me hable del compromiso del cristiano con la Eucaristía, y rebuscando entre algunas bibliografías, encuentro una homilía de S.S. Juan Pablo II del nueve de abril, fecha que corresponde al Jueves Santo del año mil novecientos noventa y ocho.

Con las primeras palabras de esta homilía ya me siento confortado, el Santo Padre dice citando a Santo Tomás de Aquino: ***“Con su palabra el verbo, hecho carne, convierte el pan en su cuerpo y el vino en su propia sangre; aunque fallen los sentidos, es suficiente la fe”***.

Es decir, sentir la fe, (*además de otras formas de profesarla y vivirla, ¡claro está!*), debería ser algo así, como construir día a día un único puente entre Dios y los hombres, obrar en la imitación del Maestro. Vivificar la fe debería ser, comprometernos y obstinarnos en conseguir entender de una vez por todas, ese mandamiento nuevo que Él nos dejó ***“Os doy un mandamiento nuevo: Que os améis los unos a los otros”*** (no es tarea fácil ¿verdad hermanos?)

El amor que el maestro nos manda que ejerzamos, alcanza su cima en la entrega que la persona hace de sí misma, sin reserva, a Dios y a sus hermanos. Sería bueno que recordásemos, que es el mismo Jesucristo en su última cena con los apóstoles, el que nos propone una actitud de servicio ***“Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros”***

En la Eucaristía Jesús de Nazaret, sigue sirviendo a sus amigos, es decir, a ti y a mí ***“Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve”*** Pues bien, os invito y me apremio a mí mismo, para que no seamos “rácanos” a la hora de dejarnos servir por el maestro en cada encuentro con Él, en cada una de las Eucaristías a la que asistamos. Principalmente en la de la hermandad, que celebramos y compartimos en nuestra parroquia del Carmen. Queridos hermanos, mostrémonos siempre dispuestos a acoger en cada celebración eucarística este don siempre nuevo que nos ofrece Jesucristo; Y, dejemos que la gracia de su fuerza divina penetre y permanezca en nuestro corazón durante toda esta cuaresma que iniciamos este miércoles de ceniza.

Concluyo esta breve reflexión con otra cita, esta de San Agustín, en correlación con la Eucaristía, su gran pasión. ***¡Oh Iglesia amadísima! “come la vida, bebe la vida: tendrás la vida y esa vida es íntegra”***

*Un fuerte abrazo de vuestro hermano en Cristo, Pedro Luís.*